

**Mastrogregori, Massimo. *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 140 páginas.
[Primera edición en italiano, *Il manoscritto interrotto di Marc Bloch. Apologia della storia o Mestiere di storico*, Pisa-Roma, 1995.]**

Hernán Sorgentini

Profesor e Investigador de la UNLP

1 La primera edición castellana es *Introducción a la Historia*, México, F.C.E., 1952 y se corresponde con la edición francesa de 1949 realizada por Lucien Febvre. Una nueva edición crítica realizada por el hijo del autor, Étienne Bloch (1996), es *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, F.C.E., Instituto de Antropología e Historia [la edición francesa es de 1993].

2 Aludimos aquí a la edición crítica de la *Apología* realizada por Étienne Bloch así como al libro de Gérard Noiriel (1997), *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Ediciones Cátedra.

Apología para la historia o el oficio de historiador de Marc Bloch¹ es hoy una obra ineludible para quienes se inician en el estudio de la historia. Una nueva historia que reconoce haber experimentado un amplio proceso de renovación en el siglo XX, en el que “los *Annales*” fundados por Marc Bloch y Lucien Febvre han cumplido un papel central.

El manuscrito interrumpido de Marc Bloch de Massimo Mastrogregori [director de la *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*] forma parte de las renovadas lecturas de la obra de Bloch que han tenido lugar en los últimos años y que invitan a redescubrir la densidad de su texto².

El trabajo comprende tres capítulos iniciales en los que el autor aborda el problema de cómo se pensó y escribió la *Apología*; un cuarto capítulo reconstruye los avatares del manuscrito en la Francia ocupada por los alemanes y en la posteridad a la muerte de su autor, a manos de los nazis, en junio de 1944; y un quinto y último capítulo, más reflexivo, subraya la importancia para el presente del problema tratado, a la vez que aporta elementos para pensar las

razones que llevaron a Bloch a “abandonar” el manuscrito en 1943 e integrarse a la resistencia clandestina. La obra contiene además una nutrida “Nota sobre las fuentes y la bibliografía”, complementaria de los distintos capítulos y sus secciones.

Mastrogregori presenta a un Bloch integrante de la “última generación del caso Dreyfus” que intenta responder a las “acusaciones contra la historia” que se remontan a fines del siglo XIX. El autor encuentra testimonios de estas acusaciones en una serie de manifestaciones culturales que van desde la literatura de George Eliot, Ibsen y André Gide hasta las *Miradas del mundo actual* de Paul Valéry (1931) y muestra cómo ellas adquieren el carácter de una presencia viva en la derrota francesa de 1940.

Por otra parte, Mastrogregori reconstruye el proceso que lleva al historiador a esa encrucijada de la historia: dos rechazos de su candidatura para el Collège de France; el número especial de *Annales* sobre la Alemania nazi (1937) y la rescisión del contrato con el editor Colin; la difusión del antisemitismo; la participación de Bloch y de Febvre contra el pacto de Mónaco; la información de Bloch sobre el presente de Europa -ya en 1938- patente en su intransigencia al retirar un escrito en honor a A. Dopsch que iba a ser publicado en la Viena anexada al Tercer Reich; sus discusiones con Febvre sobre el futuro de la revista y la decisión sobre su nuevo título, *Annales d'Historie Sociale*; el proyecto de escribir una “Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea” surgido en el contexto de su actuación en el frente en 1939, (una alusión a Henri Pirenne que había escrito la *Historia de Europa* estando en cautiverio durante la Primera Guerra); el abandono de este proyecto y la asunción del nuevo proyecto de la *Apología* en la Francia ocupada...

El contexto de la escritura de la *Apología* estará marcado por las tensiones entre el historiador y el hombre de acción. Mastrogregori propone la “metáfora del proceso” para comprender este texto, así como otro escrito contemporáneo, *La Étrange défaite*, en el que Bloch da testimonio de las razones que llevaron a la derrota de Francia. Un testimonio, también, de la derrota intelectual y el papel jugado hasta aquí por la historia en la formación de la conciencia francesa.

Mediante una cuidadosa reconstrucción de los acontecimientos Mastrogregori nos acerca al Bloch de quien Jacques Le Goff ha destacado “la extraordinaria capacidad del historiador para transformar su vivencia en reflexión histórica”³. En este sentido existen dos líneas que el libro explora con éxito. Por un lado la de los escritos metodológicos que preceden a la *Apología*, por otro la de los problemas que se plantean en su obra historiográfica.

3 Le Goff, Jacques, Prefacio a Bloch, M., *Apología...*, op. cit. pp. 43-76, cita en p. 49.

Las preocupaciones metodológicas son rastreadas en escritos que se remontan hasta 1906, (destacándose, sobre todo, el proyecto del libro “Los historiadores en su taller”, propuesto sin éxito al editor Gallimard en 1932), así como en sus reseñas y comentarios críticos. Mastrogregori sitúa estos escritos en el marco de una corporación dividida y se remite a los intentos de construir una historiografía desde una perspectiva pretendidamente internacional a partir del Congreso de Ciencias Históricas de Bruselas de 1923, subrayando su ambigua relación de imitación-crítica con respecto a la renovación experimentada por la historiografía alemana en las décadas precedentes, especialmente en los campos de la historia agraria, económica y social. Esta reconstrucción es significativa porque permite ver hasta que punto los *Annales* también “nacieron de aquel

complicado proceso de conocimiento y «desconocimiento» de la historiografía alemana” (p. 21). Para el autor, la novedad de los *Annales* reside no tanto en su vuelco a la historia económica y los temas contemporáneos y en su estilo no académico ni especializado, como en el carácter moderno del fenómeno considerado una empresa cultural en la que “el mito de los *Annales* nace junto con la revista” (p. 22). Asimismo, no faltan referencias a las diferencias entre un Bloch “más historiador” y un Febvre “empresario de la cultura militante” en la primera década de vida de la revista. Las preocupaciones metodológicas del primero son situadas en un contexto más amplio que el de una descripción del oficio, un contexto que supone la pregunta “sobre cómo y por qué una sociedad se interesa (o no se interesa en absoluto) por su pasado” (p. 28).

La segunda línea rastreada tiene que ver con la historiografía de Bloch, incluso la anterior a *Annales*, como espacio en que se constituyen sus aportes verdaderamente novedosos. Si bien esto no es tratado sistemáticamente, logra mostrarse la centralidad otorgada por Bloch al problema de la transmisión de los recuerdos, que el autor encuentra en los ensayos sobre la vida de ultratumba del rey Salomón (1925) y los orígenes del ciclo épico de Arturo (1931), así como su inclinación a concebir este problema en términos de la complejidad de los fenómenos de masas -y en detrimento de las explicaciones que remiten a una intencionalidad individual-, anunciada en *Los reyes taumaturgos*. Por otra parte, el autor destaca en *La sociedad feudal*, libro aparecido a fines de la década del treinta, el lugar concedido por Bloch a las imágenes del pasado como elementos esenciales para la comprensión de la estructura social, sobre la base de la distinción fundamental entre la «tradi-

ción» y el «espíritu histórico» como formas distintas de aproximación al pasado.

Estas dos líneas se anudan en la conclusión que extrae Mastrogregori sobre “Los historiadores en su taller”: allí, “el aspecto de la historia renovada que Bloch prefiere mostrar al público de los no especialista [...] es -junto con la propuesta de un estudio comparado de las sociedades europeas-, la necesidad de un estudio crítico de los testimonios, de las tradiciones y de la transmisión de los recuerdos” (p. 33).

Esta conclusión sobre la perspectiva blochiana guía toda la indagación sobre la *Apología* y el decisivo período histórico 1940-1943 en que fue escrita. El autor muestra el dilema de Bloch frente a la posibilidad de la emigración a Estados Unidos y el pesimismo de su visión, así como el abandono de esta alternativa, por razones personales pero también -y aquí se maneja al nivel de la conjetura-, por el vuelco en la guerra tras el final de la batalla de Inglaterra, la invasión alemana de Rusia y el «renacer de una esperanza».

Para comprender cuál es el Bloch que Mastrogregori retrata, resulta significativo su estudio de un manuscrito personal inédito de 1940, titulado *Mea*, en el que Bloch reflexiona sobre “el entusiasmo, el valor, las pasiones, las ilusiones, la alegría y el futuro” (p. 53). En este contexto, Mastrogregori apuesta a llegar al fondo de la concepción blochiana sobre la historia, señalando que “Bloch apunta que no es suficiente mostrar a los hombres la verdad: «el punto capital es apasionarlos por ella»” (p. 56).

Seguidamente el autor repasa el intercambio epistolar entre Bloch y Febvre sobre la posibilidad de continuidad de los *Annales* en la Francia ocupada y

la prohibición que recae sobre Bloch, mostrando las tensiones entre los dos directores. El relato resulta convincente al mostrar cómo se anuda este problema con la escritura de la *Apología*; y logra aproximarse a la circunstancia única que rodea a la redacción del Prólogo de la *Apología* del 11 de mayo de 1941 que Bloch dedica a Febvre y en la que tras el enunciado de la comunidad de propósitos entre ambos se descubre, acaso, el intento de matizar por un momento las amplias divergencias. (Bloch cederá frente a la intención de su compañero de continuar con la revista en el país ocupado y sin su nombre en la dirección debido a las leyes raciales de Vichy con posterioridad a esto y, aparentemente, no en forma demasiado convincente)⁴. Con respecto al manuscrito, Mastrogregori enfatiza el significado que adquiere en tal circunstancia crítica: “El manuscrito del libro sobre la historia es ahora, para Bloch, [...] un antídoto, un punto de referencia espiritual en un momento durísimo, en el que se estaba cuestionando totalmente su identidad de historiador, de profesor, de ciudadano francés y de europeo” (p. 64).

Y en este carácter de antídoto, cobra nueva forma la reflexión blochiana sobre las “formas de organización de la memoria”. Aquí se revela que hasta las reflexiones más estrictamente metodológicas como las referidas a la observación de los vestigios, el acceso a los testimonios y la destrucción de documentos, tratados en el capítulo segundo del manuscrito, presentan una faz más reflexiva que tiene que ver con la forma en que Bloch piensa la *civilización* del futuro y el lugar que espera para la historia en ella. En ese sentido, la imagen del último testimonio sobre Bloch prisionero de la Gestapo enseñando historia a un compañero de celda condensa significativamente el retrato que el autor ha logrado trazar.

4 Ello no impide que el autor tome distancia de interpretaciones recientes sobre un “Febvre colaboracionista”, realizadas desde posturas que identifica más con un juicio moral retrospectivo y anacrónico que con una verdadera comprensión histórica.

5 El título alude al texto con que Febvre hace la presentación de la *Apología* en 1949.

Nos detendremos ahora en el capítulo 4, “Hacia otra historia”⁵. En él, Mastrogregori reconstruye la forma en que el manuscrito de Bloch ha llegado hasta nosotros, prestando especial atención a cómo Lucien Febvre ha transmitido el recuerdo de Bloch después de la victoria y ha integrado la obra de éste en la suya propia. En efecto, tras numerosos avatares, la *Apología* se publica en 1949, pero Mastrogregori se pregunta, con blochiana inspiración, “¿cuál era, precisamente, esta obra que nacía y qué texto, entre aquellos existentes, había sido elegido para darle forma y difundirla?” (p. 87). El análisis empírico detecta ciertas omisiones y lecturas sesgadas de la obra de Bloch en la edición realizada por Febvre. Su hipótesis apunta a señalar que la publicación de la *Apología* por parte de Febvre intenta acallar las acusaciones a los *Annales* en crisis y mostrar el éxito del grupo de investigación. Lo que se quiere mostrar es que ésta se realiza en un contexto en que “el proyecto innovador de *Annales*” se está transformando en “una verdadera institución científica” (p. 91). “Hacia otra historia” titula ambigüamente Mastrogregori el capítulo... ¿la nueva historia que Bloch y Febvre y el proyecto de *Annales* revolucionaron o la nueva historia de los *Annales* institucionalizados construyendo su propio “mito de los orígenes”? Mastrogregori sostiene que Febvre no ha prestado suficiente atención a las discusiones de Bloch sobre la legitimidad de la historia y no ha logrado captar para ese entonces la importancia del papel de la transmisión del pasado como problema histórico en su obra. (De hecho, en 1949, Febvre alude a “un hermoso título - o mejor dicho, dos títulos-: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*”, enfatizando que “el que merece el epíteto es el segundo”⁶). El autor señala que esta concepción es la que cristaliza finalmente en los

6 Febvre, L. (1992) “Hacia otra historia”, en *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, pp. 219-246, cita en p. 219.

escritos de método que Febvre reúne bajo el título de *Combats pour l'histoire* en 1953. Y muestra asimismo como “el libro de Bloch sobre la historia se aleja en el recuerdo” (p. 92), de lo que es significativa prueba la ficha escrita por Fernand Braudel para la *International Encyclopedia of Social Sciences* a propósito de la *Apología*: “fue escrita de prisa durante su ‘distracción forzada’ y debería considerarse el primer borrador de una obra más amplia que esperaba escribir” (citado en p. 92)⁷.

El capítulo 5 condensa las intuiciones que el texto ha desplegado subrepticamente: “es muy probable que el libro de Bloch no haya ejercido toda su fuerza” (p. 95). Mastrogregori intenta volver a situar a Bloch en su preocupación por la acción y el papel que les cabe a los historiadores en la sociedad actual. Y enfrenta el problema del “peso del pasado sobre el presente” en relación directa con el ejercicio del poder. Bloch es provocativamente ubicado en un campo intermedio entre el de la historiografía profesionalizada de la segunda mitad del siglo XIX y el de los novelistas y escritores que denunciaban a la historia realmente existente: “Durante los últimos quince años de su actividad, Marc Bloch se colocó conscientemente -aunque no sin el impulso, es verdad, de los acontecimientos- en el cruce entre la línea de desarrollo de los estudios históricos profesionales y aquel movimiento de transmisión de los recuerdos que estaba profundamente contra la historia” (p. 97). El autor destaca dos problemas fundamentales en la *Apología*: el de la legitimidad intelectual de la historia como disciplina científica y el de su utilidad. Y dice, siguiendo las correcciones y sucesivas redacciones del manuscrito, que es el segundo problema el que impulsó a Bloch a escribir el libro y que allí se propone la idea de un conocimiento

7 Al margen, merece destacarse el mini-estudio (escondido entre las “Notas sobre las fuentes y la bibliografía”), acerca de la recepción de las obras de Bloch, Febvre y la revista en la cultura italiana y su intento de superación del historicismo crociano (pp. 116-131).

crítico que medie entre una sociedad y su pasado y que sea “útil para la acción, la corrección de los errores de transmisión del recuerdo [y] la revolución de la tradición” (p. 100). En una Europa que enfrenta su crisis más formidable, esta posibilidad sólo es concebible en términos de “un tiempo nuevo y una civilización futura superior” y ello explica, para Mastrogregori, porque el manuscrito queda interrumpido y Bloch pasa “a combatir, por la ciudad, con otras armas” (p. 100).

El aporte de Mastrogregori no reside tanto en mostrar la centralidad del problema de la memoria histórica para la cultura del presente en la obra de Bloch, como en las perspectivas que este hallazgo abre para su propia lectura de la *Apología* desde la clave proporcionada por esta fundamental preocupación blochiana.

Si Eric Hobsbawm ha señalado, a propósito de la “destrucción del pasado” en la experiencia del tardío siglo XX, que la tarea de los historiadores consiste en “recordar lo que otros olvidan”⁸, puede decirse que, desde nuestro presente en el que el problema de la transmisión del pasado y su relación con el poder aparece como una constante casi irresoluta y frente al cual una historia autoelogiosa de su reciente profesionalización logra sólo dar respuestas fragmentarias, el libro de Mastrogregori nos recuerda lo que se suele olvidar con frecuencia: que debemos volver a leer el manual arrumbado de Marc Bloch y redescubrirlo como “manuscrito interrumpido”, como texto que nos empuja a hacer lo que está más allá de la observancia estricta de las reglas y obligaciones del oficio, pensar la historia.

8 Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, p. 13.